



Comunicación social y riesgos globales

Carlos Lozano Ascencio

Universidad *Francisco de Vitoria*, Madrid.
c.lozano@ufvitoria.com

Los medios de comunicación, cada día, le dan mayor importancia a la información que atañe a los riesgos catastróficos globales y si, además, dicha información se puede ilustrar con imágenes espectaculares, se tiene asegurado un lugar en los titulares de los principales periódicos y en los programas informativos de radio y televisión.

Aunque nos pese, hay que reconocer la realidad comercial, que mueve a los medios de comunicación para buscar ventas y audiencias con informaciones que reclamen la inquietud social y, con ello, basar su éxito en función de la descripción alarmante antes que utilizar argumentos de peso que profundicen y aclaren las causas del acontecer catastrófico.

Este catastrofismo se puede equiparar perfectamente con el «sensacionalismo» del resto de noticias de actualidad. Su objetivo

es llamar la atención del público mediante escenas estremecedoras y frases contundentes. Imágenes y textos que el espectador medio entiende o, mejor dicho, los identifica emotivamente, sin necesidad de requerir muchas más explicaciones.

Esta ponencia tiene como objetivo, por una parte, reflexionar en el decisivo papel que juegan los medios de comunicación al condicionar la percepción social de los riesgos globales en clave de catástrofes y, por otra parte, destacar que son esas mismas instituciones sociales las que tienen que dar el primer paso en la formación educativa en materia de prevención de riesgos catastróficos globales.

*¿Qué civilización es ésta que confía a los desastres
—Chernóbil, Bhopal, Challenger, Seveso, Vajont—
la tarea de informar sobre los peligros de las tecnologías?
Carlo Rubia. Premio Nóbel de Física*

Introducción

Con las catástrofes tenemos, más que nunca, experiencias continuas y dolorosas. Con los medios de comunicación estamos informados, más que nunca, sobre dichos acontecimientos destructivos y, sin embargo, sabemos muy poco en materia de prevención de riesgos. Con tan sólo enumerar los frecuentes trastornos ocasionados por las catástrofes en todo el orbe parecería como si no estuviéramos «enseñados» a afrontar y solventar los peligros inherentes de la sociedad moderna.

¿Por qué sucede esto? Podríamos pensar que en esta clase de temas no funciona la transmisión de conocimientos y experiencias entre generaciones, sobre todo porque las catástrofes son diferentes en cada época. En consecuencia, las enseñanzas de un trastorno determinado poco o nada podrían aplicarse en una contingencia similar acaecida en otro momento. De todas formas, ante la sorpresa y la incertidumbre es muy difícil saber poner en práctica el aprendizaje.

También podríamos pensar que las instituciones sociales no han acertado a formar suficientemente a la población en materia de prevención de riesgos catastróficos. En este punto, los desastres no sólo serían imputables a las carencias de los sistemas educativos, sino, sobre todo, a la poca ayuda que ofrecen los medios de comunicación en favor de la educación preventiva frente a las catástrofes.

Los medios de comunicación, entendidos como los principales vínculos de las sociedades globalizadas, en su cometido de «mostrar la realidad», a través de criterios mediacionales de selección y jerarquía, se han encargado de alimentar un espacio público informativo de gran alcance en el que las catástrofes aparecen con toda su contundencia desestabilizadora. La permanente presencia de catástrofes en las agendas de los medios de comunicación ha conseguido que dichos acontecimientos destructivos se conviertan en unas poderosas «claves» para que la gente no sólo configure su percepción de la realidad sino que además intente comprenderla influenciada por esos registros.

Así pues, la «Sociedad del riesgo» no sólo se caracteriza por ser un estado de la sociedad contemporánea en el que «hay una creciente posibilidad de catástrofes, que movilizan a importantes colectivos sociales y donde se produce una creciente presencia de decisiones arriesgadas en la conducta individual» (López Cerezo y Luján, 2000: 91), sino que, además, tiene la peculiaridad de contar con unos habitantes que conciben su realidad circundante como algo frágil ante el peligro. Y más aún: los espectadores de esa realidad pública y vulnerable pueden llegar a sentirse como unos auténticos damnificados aunque no hayan sido víctimas directas y objetivas de ninguna catástrofe.

1. ¿Existe la realidad vulnerable o la inventan los medios de comunicación?

De lo dicho hasta ahora podría desprenderse la conclusión de que los medios de comunicación son los máximos responsables de la existencia de los riesgos catastróficos globales, no obstante, tan sólo son responsables de mediar el acontecer catastrófico, es decir, de dar cuenta, en función de determinados criterios de selección, jerarquía y construcción,

de los trastornos destructivos más impactantes para la opinión pública.

Para Ulrich Beck (sociólogo alemán que popularizó el término), la «Sociedad del Riesgo» concierne a «la época del industrialismo en la que los seres humanos han de enfrentarse al desafío que plantea la capacidad de la industria para destruir todo tipo de vida sobre la Tierra y su dependencia de ciertas decisiones. Esto es lo que distingue a la civilización del riesgo en la que vivimos no sólo de la primera fase de la industrialización, sino también de todas las civilizaciones anteriores, por diferentes que hayan sido» (Beck, 1991: 31). Es decir, se trata de una época, cuyo rasgo de identidad más característico es la enorme facilidad de experimentar sucesos (naturales o antrópicos) de consecuencias destructivas, en los que inevitablemente han intervenido «resoluciones humanas» (deliberadas, accidentales o negligentes). Así pues, dicha civilización del riesgo, de la vulnerabilidad y de la amenaza surgió hace poco más de un cuarto de siglo debido a los trastornos catastróficos ocasionados por la industria química en Seveso, Italia (1976), y los accidentes en la industria nuclear en Three Mile Island, Estados Unidos (1979), y en Chernóbil, Ucrania (1986).

De hecho, de la catástrofe del reactor ucraniano «se dice que (...) marcó un hito histórico que hizo cambiar la percepción y actitudes de los pueblos, e incluso de los gobiernos, ante las situaciones de riesgo. Y ello ha sido posible a través de la información. Ciertamente antes de Chernóbil ya existía una notoria sensibilización [plasmada en normativa nacional e internacional] ante potenciales sucesos de tipo catastrófico, pero, socialmente y de forma operativa ha sido Chernóbil (...), junto al descubrimiento de la disminución de la capa de ozono, los hechos a partir de los cuales la demanda y proliferación de la información a la población ha llevado a definir a Chernóbil como una *catástrofe de la información*, ya que, exceptuando a la población de la zona directamente afectada, la comunidad mundial sólo conoció la realidad del suceso mediante los medios de comunicación» (Pérez de Tudela, 1994: 2). (La cursiva es nuestra).

2. La comunicación social de catástrofes

Nadie duda sobre el destacado papel que juegan los medios de comunicación en la «configuración» (delineamiento, construcción de formas y contenidos) de los acontecimientos públicos y más aún si éstos tratan sobre temas de destrucción catastrófica. Los receptores masivos (televidentes, radio escuchas, lectores de prensa escrita y digital) confían un alto porcentaje de su información y conocimiento a lo que los medios de comunicación les ofrecen a diario. Si bien es cierto que la opinión personal (el propio posicionamiento) no se manifiesta ni se consolida exclusivamente con la información recabada, ni con el ejercicio intelectual de los receptores, lo que publican los medios, no obstante, establece un marco de referencia generalizado y compartido por todos. En este sentido la opinión pública cumple dos funciones básicas sobre los ciudadanos. Primero, «una función normativa porque la opinión pública ejerce una presión homogeneizante sobre el individuo dentro de la sociedad; pero también una función cognitiva, puesto que sirve de fuente de información sobre muchos peligros y riesgos que los individuos no son normalmente capaces de percibir directamente [por ejemplo, capa de ozono, vacas locas, etc.]» (López Cerezo y Luján, 2000: 73).

¿Cómo llegamos a saber que estamos frente a una catástrofe? Cuando la percibimos, pero como señala Ulrich Beck: «nunca queda claro si los riesgos se han intensificado o nuestra visión sobre ellos. Ambos aspectos convergen, se condicionan y se fortalecen mutuamente...» (Beck: 1986: 62).

Analicemos un caso concreto reciente. El pasado 31 de enero de 2003 los medios de comunicación dieron a conocer los resultados del barómetro mensual del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) correspondiente al mes de diciembre de 2002, en el que la muestra de ciudadanos seleccionados manifestó espontáneamente que la «catástrofe del *Prestige*» era el tercer tema que más le preocupaba (28%), después de otros asuntos más tradicionales como el Paro (64,9%), que quedó en primer lugar seguido del Terrorismo de ETA (46,6%). Hay que decir que la «catástrofe del *Prestige*» no formaba parte del cuestionario y que los ciudadanos opinaron y jerarquizaron libremente el asunto a mediados de diciembre, justo cuando se cumplía un mes de haberse iniciado el periplo de ese petrolero accidentado.

2.1. La percepción social de catástrofes

La percepción social del riesgo catastrófico, más bien, está ligada a la información pública que se ofrece sobre esos eventos específicos. Aquí es relevante mencionar que el antecedente más cercano en el tiempo en el que un suceso potencialmente catastrófico tuvo una amplia cobertura informativa y fue percibido socialmente como tal fue el caso de las «Vacas Locas», que en diciembre de 1999 preocupaba sólo al 1,4% de la población; sin embargo, en enero de 2000, momento más intenso de la crisis, fue seleccionado como el tercer problema sociológico más importante de España y fue destacado por el 21,6% de los encuestados. Al mes siguiente (febrero de 2000) ya era sólo uno de los principales problemas para el 9,1%, y en la primavera de ese mismo año había desaparecido de las respuestas espontáneas que recoge el Centro de Investigaciones Sociológicas.

¿Qué significa que la catástrofe del *Prestige* haya sido el tercer problema en la lista de nuestras principales preocupaciones a finales del año 2002? ¿Vemos demasiada televisión o realmente estamos sensibilizados por los temas medioambientales? Lo cierto es que la gente suele orientar sus opiniones no sólo apelando al conocimiento sobre los asuntos relevantes que más circulan por los espacios públicos y privados, sino, sobre todo, tomando en cuenta su percepción emocional y sus experiencias cercanas y directas que más le afectan. Esto es, la información ayuda a delinear las opiniones propias, pero la experiencia y la afectación directas ayudan a consolidarlas. En marzo de 1999, por ejemplo, el «medio ambiente» y la «contaminación» fueron el sexto problema más importante (10,2) que los españoles jerarquizamos racionalmente. Dicha clasificación quedó detrás del paro (83,2), el Terrorismo de ETA (28,3), la droga y el alcoholismo (27,7), la delincuencia e inseguridad ciudadana (17,3) y la escasez o mal funcionamiento de los servicios públicos (11,4). Sin embargo, cuando los encuestados respondieron por la cercanía (criterio emocional) y la afectación (criterio utilitario) de los mismos problemas, el medio ambiente se desplazó al octavo lugar, muy cerca del terrorismo de ETA y las pensiones. Con lo anterior se puede decir que un tema es más o menos relevante en la medida en que nos afecte directamente. En la valoración de la catástrofe del *Prestige* creemos que han jugado un papel determinante tanto el creciente clima de sensibilización frente a los problemas medioambientales de la sociedad española como la interiorización de dicho acontecer catastrófico por parte de los espectadores, quienes «por alusiones» se sintieron víctimas o damnificados a distancia del chapapote.

Es verdad que la sociedad española cada vez es más perceptiva con los temas medioambientales, pero esta cualidad no se debe, únicamente, a que manifieste un mayor interés por el respeto a la naturaleza, sino más bien a que es más consciente de los riesgos catastróficos mundiales a los que estamos expuestos todos, sin excepción. Las apreciaciones medioambientales, pues, no son valoraciones a propósito de la defensa de la naturaleza o el desarrollo sostenible, sino más bien son valoraciones a propósito del peligro o del riesgo a la destrucción de los ecosistemas. De hecho, en el barómetro del CIS, correspondiente al mes de marzo de 1999, cuando los encuestados tuvieron que posicionarse en torno a diversos asuntos relacionados con el medio ambiente (todos ellos de origen antrópico) destacaron, sobre el resto de temas, los «incendios forestales» subrayando las características imprevistas y accidentales que propician dichos fenómenos. Al otro extremo de la balanza, los temas menos importantes fueron el «ruido» y la «eliminación de las basuras domésticas» que aún siendo problemas se perciben como más controlados por la gente y por las autoridades correspondientes. Después de los incendios forestales, en orden de importancia, los españoles destacaron los problemas que tienen que ver con «la contaminación de los ríos y las costas» y «los residuos industriales» (tanto los almacenados como los vertidos incontroladamente). Así, no sólo se manifestó la preocupación por la peligrosidad, sino que, además, se hicieron evidentes las posibles negligencias o accidentes en la gestión de los desechos industriales.

Si la gente convierte en experiencias propias la información de desastres, sin haber tenido ningún contacto con la realidad, de entrada estamos dando un papel muy importante a los medios de comunicación en este asunto. Los riesgos de catástrofes pueden ser muchos y muy complejos, pero los medios de comunicación colaboran para que sean percibidos como algo único y generalizable. Así, nadie está exento del peligro de sufrir un trastorno destructivo por improbable que pudiera parecer. «Todos somos o podemos ser damnificados». El hecho de vivir la normalidad cotidiana con un pie puesto en la «salida de emergencia», y de experimentar sin ser víctimas —a través de los telediarios y periódicos— las propensiones y las culminaciones catastróficas de los entornos próximos y lejanos, produce en los individuos una «hipocondría generalizada». De hecho, en el barómetro del CIS correspondiente al mes de enero de 2003 (después de sesenta días inintermitidos de titulares) sólo uno de cada doscientos españoles ha reconocido no mantener ningún interés por el tema del petro-

lero *Prestige*. El 94,6% de los encuestados ha manifestado que el tema le ha preocupado mucho o bastante, e inclusive casi 9 personas de cada 10 entrevistados ha calificado el hundimiento del petrolero y la contaminación que ha provocado en las costas gallegas como «una gran catástrofe». Nos damos cuenta de que estamos frente a una catástrofe no sólo porque percibimos la importancia del suceso sino porque existe el convencimiento de que, aún siendo previsibles, dichos acontecimientos son imposibles de evitar y mitigar. En el barómetro de enero de 2003, elaborado por el CIS, más de la mitad de los encuestados afirmó que ni España ni los países europeos están preparados para hacer frente a catástrofes ecológicas como la provocada por el petrolero *Prestige*.

2.2 La interpretación del riesgo catastrófico

Hasta el momento sabemos que nos encontramos frente a un fenómeno catastrófico porque lo hemos percibido, pero ahora se trata de interpretarlo, de conocerlo, de buscar una explicación a lo que está sucediendo. Teóricamente las catástrofes no se consideran ni se consolidan como tales en la medida en que no se cumplan, en el siguiente orden, tres condiciones básicas:

-  Trastorno destructivo de los entornos (naturales y/o sociales)
-  Percepción e interpretación de dicho trastorno
-  Comunicación pública del acontecer catastrófico

Es verdad que en la práctica las catástrofes pueden llegar a tener existencia e identidad sin necesidad de cumplir el mismo orden, ya que la gente puede percibir, interpretar y comunicar los desastres donde no los hay, o lo contrario: no percibir, ni interpretar ni comunicar catástrofes donde las hay porque todo depende de la mediación comunicativa pública. Pero vamos por partes y en orden. La existencia de una catástrofe siempre está condicionada por la percepción, interpretación y por la expresión pública de lo sucedido.

Las catástrofes al principio no se ven; y si se ven, no se entienden; y si se entienden, es que van tomando forma en nuestras cabezas. Los «sujetos que habitan y/o conocen el estado alterado destructivamente» se pueden referir a lo sucedido en función de sus propias experiencias y acervos culturales. Hoy en día no es difícil encontrarse con personas que frente a un acontecimiento novedoso, como podría ser un acciden-

te de tráfico, se encuentren muy atentos a lo que sucede más por el morbo que por la interpretación de los hechos. Mucha de esa gente estará deseosa de llegar pronto a su casa para encender el televisor y esperar a que algún programa informativo le cuente y le explique mejor lo que sus propios ojos vieron. Uno ve lo que sabe de la realidad, porque en el caso de ver lo que no se sabe, queda el camino de asociarlo o compararlo con lo que sí se sabe. Al final, si se sabe poco, proporcionalmente pocas cosas se perciben, en cambio si el conocimiento es muy amplio se está mucho mejor capacitado para ver y apreciar todo lo que hay alrededor. ¿Acaso hay mejores experiencias para la racionalidad que ir acompañados de un experto en botánica por el bosque, de un conocedor de Velázquez por el Museo del Prado, o de un astrónomo durante un eclipse de luna?

2.3 La perplejidad en la recepción del riesgo catastrófico

Para los receptores de la información mediática (ajenos y distantes de las catástrofes) tiene el mismo valor simbólico la escena de un barrio devastado por un terremoto que la secuencia de una franja de selva amazónica deforestada o un plano de marea ennegrecida por un vertido tóxico. Aunque las imágenes mencionadas sean totalmente distintas los receptores las perciben sin conceder demasiadas discriminaciones entre ellas. Los riesgos de catástrofes pueden ser muchos y muy complejos, pero los medios de comunicación colaboran para que sean percibidos como algo único y generalizable. Así, nadie está exento del peligro de sufrir un trastorno destructivo por improbable que pudiera parecer.

Los tratamientos informativos de las situaciones catastróficas generalmente se caracterizan por describir antes que por explicar lo sucedido. Se trata de una cualidad implícita del acontecer catastrófico debido a que, en un primer momento, cualquier «dato perteneciente» a dichos sucesos obtiene mucha más relevancia que un «dato interpretado». Todos sabemos que el análisis *a posteriori* tiene más validez que el análisis *in situ*, no obstante, y a pesar de la dificultad interpretativa del primer momento, los periodistas suelen cuantificar con rápidas impresiones, asegurar con efímeras observaciones y concluir con versiones insuficientemente contrastadas: la actualidad periodística se nos impone a todos como criterio. Más tarde, cuando las catástrofes se pueden medir –sin prisas– con datos más fiables y contrastados, ya han dejado de ser noticia.

Las explicaciones, a pesar de tener más peso analítico, se han caído ya de los titulares de prensa.

En consecuencia: los receptores de la información mediática de catástrofes están más acostumbrados a saber identificar fenómenos catastróficos que a saber comprenderlos. Las crónicas periodísticas insisten mucho en delimitar espacio-temporalmente a las catástrofes como los únicos, más impactantes y más importantes elementos de un proceso mucho más largo y complejo que tiene causas iniciales, desencadenantes últimos, afectaciones inmediatas y consecuencias globales a mediano y largo plazo. Los receptores, pues, identifican tan sólo el aspecto más llamativo de las catástrofes: el trastorno.

3. Conclusiones

¿Es posible educar en materia de prevención de riesgos catastróficos globales?

- ◆ Los medios de comunicación son los principales responsables de la imagen (deformada o no) que tenemos de los riesgos catastróficos globales. En consecuencia, y a partir de este punto, son estas mismas empresas de comunicación las que están obligadas a profundizar en sus abordajes informativos. Se trataría de no conformarse con la imagen descriptiva y espectacular, e incidir más en la sensibilidad, el conocimiento y el compromiso para formar a la población en torno a valores medioambientales y de convivencia social.
- ◆ La comunicación social de los riesgos catastróficos globales no sólo debería ser una noticia destacada, sino también un valioso material de aprendizaje.
- ◆ Las coberturas informativas no deberían mostrar a las catástrofes como sucesos únicos y generalizables, sino más bien se debería describir, explicar y evaluar tales acontecimientos tomando en cuenta los elementos de un proceso mucho más largo y complejo que tiene causas iniciales, desencadenantes últimos, afectaciones inmediatas y consecuencias globales a mediano y largo plazo.
- ◆ Educar a propósito de la prevención de catástrofes no sólo consiste en desarrollar mecanismos técnicos y humanos muy costosos de salvamento y recuperación, sino más bien se trata de hacer las cosas para que las catástrofes no vuel-

van a ocurrir, o mejor nicho, no vuelvan a ocasionar trastornos destructivos.



Referencias

AGUILAR CAMÍN, H. (1990): «Las subversiones silenciosas», en *El Paseante* 15-16. Madrid, Siruela; 23-33.

ARNOLD, D. (2000): *La naturaleza como problema histórico*. México, Fondo de Cultura Económica.

BECK, U. (1991): «La irresponsabilidad organizada», en *Debats*, 35-36. Valencia.

BECK, U. (2001): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Madrid, Paidós.

BECK, U. (2002): *La sociedad del riesgo global*. Madrid, Siglo XXI.

ECHEVERRÍA, J. (1999): *Los señores del aire: Telépolis y el tercer entorno*. Barcelona, Destino.

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, P. (1994): *La psicología colectiva. Un fin de siglo más tarde*. Barcelona, Anthropos.

GOTTFRIED, R.S. (1984) *The black death: natural and human disaster in medieval Europe* Londres, Mehuen.

KÖRNER, E.A. y OTROS (1993): *Medio ambiente. Una creación de nuestro tiempo*. Santiago de Chile, PUCCH.

LÓPEZ CEREZO, J.A. y LUJÁN, J.L. (2000): *Ciencia y política del riesgo*. Madrid, Alianza.

LOVELOCK, J. (1993): *Las edades de Gaia. Una biografía de nuestro planeta vivo*. Barcelona, Tusquets.

LOZANO ASCENCIO, C. (1993a): «La era de los desastres naturales», en *Integral*, 157. Vol. 6. Enero; 23.

LOZANO ASCENCIO, C. (1993b): «Comunicación y Catástrofe». Ponencia presentada en la 2ª Semana Académica de la

Asociación de Investigadores y Estudiantes Mexicanos en España (AIEME). Madrid, oct. 1993.

LOZANO ASCENCIO, C. (1995a): *La expresión/representación de catástrofes a través de su divulgación científica en los Medios de Comunicación Social (1986-1991)*. Madrid, Tesis Doctoral. UCM.

LOZANO ASCENCIO, C. (1995b): «La construcción social del medio ambiente a partir de los acontecimientos catastróficos que lo destruyen» en *Revista de la Facultad de Ciencias de la Información UCM*, Madrid, Número extraordinario; 47-67.

LOZANO ASCENCIO, C. (2001a): «Amenaza natural. El tratamiento informativo de las catástrofes en Hispanoamérica», en *Gente Universitaria*, Año VIII. Núm. 1. Marzo 2001. Madrid Centro Universitario *Francisco de Vitoria*.

LOZANO ASCENCIO, C. (2001b): «El medio ambiente: un acontecer catastrófico». Comunicación inédita presentada en el VII Congreso Español de Sociología organizado por la Federación Española de Sociología. Salamanca, septiembre de 2001.

LOZANO ASCENCIO, C. (2001c): «Las catástrofes naturales de la sociedad contemporánea». Comunicación inédita presentada en el IV Congreso Nacional de Periodismo Ambiental. Asociación de Periodistas de Información Ambiental (APIA). Madrid, noviembre de 2001.

ODUM, E.P. (1979), *Ambiente energía y sociedad*. Barcelona, Blume.

LOZANO ASCENCIO, C. (1992): *Ecología: bases científicas para un nuevo paradigma*. Barcelona, Vedrà.

ONG, W. (1982): *Orality and literacy: the technologizing of the word*. Londres, Methuen.

PARRA, F. (1994): *Diccionario de ecología, ecologismo y medio ambiente*. Madrid, Alianza.

PEREZ DE TUDELA, C. (1994): *La información en las catástrofes*. Madrid, Mapfre.

PIÑUEL J. L. y GAITÁN J. A. (1995): *Metodología General. Conocimiento científico e investigación en la comunicación social*. Madrid, Síntesis.

REGUILLO, R. (1996): *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara, ITESO.

RIVIÈRE, M. (1997): «La ecología: entre lo real y lo virtual». Ponencia II Congreso Nacional de Periodismo Ambiental, Madrid, noviembre de 1997, Asociación de Periodistas de Información Ambiental.

RODRIGO ALSINA, M. (1999): *Comunicación intercultural*. Barcelona. Anthropos.

SERRANO, S. (2000): *Comprender la comunicación. El libro del sexo, la poesía y la empresa*. Barcelona, Paidós.

VRIES, J. de (1981): «Measuring the impact of climate on history: the search for appropriate methodologies», en ROTBERG, R. I y RABB, T.K. (Comps.): *Climate and History: Studies in Interdisciplinary History*, Princeton.

WAGNER, Ch. (1993): *Entender la ecología*, Barcelona, Blume.

WOLTON, D. (1999): *Sobre la Comunicación. Una reflexión sobre sus luces y sus sombras*. Madrid, Acento.

WOLTON, D. (2000): *Internet ¿Y después? Una teoría crítica de los nuevos medios de comunicación*. Barcelona, Gedisa.